

Domingo Melfi y Mariano Latorre

Letras chilenas: Dos discursos

(Los discursos que damos aquí fueron pronunciados en el banquete con que los escritores y amigos de Mariano Latorre le festejaron con motivo de haber obtenido el Premio de la Revista «Atenea» por su libro «Hombres y zorros» y haber cumplido 25 años de labor literaria. Condensan ellos aspectos muy interesantes de las letras chilenas y de la formación literaria del escritor, cuyo homenaje alcanzó brillantes proporciones. Ofreció la manifestación Domingo Melfi y agradeció el festejado en las páginas que siguen).

I

EL OFRECIMIENTO

Amigo Latorre, compañeros:

25 años de labor continuada en la vida de un escritor, representan otros tantos años de sufrimiento. Pero este amigo que hoy festejamos, es de los pocos que han creado con alegría su obra literaria. Cuando Latorre surgió a la vida de las letras, el campo comenzaba a ser descubierto por una generación litera-

ria que es, sin duda, la de más auténtico perfil en la historia de nuestra literatura: la de 1900. El campo vivía como una expresión geográfica, como un lugar de esfuerzo y de reserva económica. Había que sorprender y descubrir las formas innumerables de su existencia, los motivos íntimos de su belleza, la actitud de los personajes, en relación con los latidos y modalidades de su propia ubicación en la naturaleza. La ciudad desconocía la belleza interna del campo como elemento generador de creación literaria. Era un lugar de sacrificio para los labradores, de orgullo para los que poseían vastas extensiones de suelo cultivado y de paz para los que en los veranos iban allí a descansar de las llamadas fatigas de la ciudad. Es verdad que volaban las aves, como ha ocurrido siempre a lo largo del curso inalterable del tiempo y los esteros ondulan entre los matorrales, junto a las alamedas y bajaban con un rumor alegre o hurraño desde el misterio de sus vertientes, entre los bosques. Los zorros se borraban entre los pastisales de los faldeos y los peones, mineros o carboneros y aun los quiltros familiares, iban de un lado a otro, como huérfanos en su propia soledad. Acercar el campo a la ciudad, darle una familiaridad poética y al propio tiempo humana, elevar la calidad de las palabras con las cuales el campo vivía plebeyamente, hasta revestirlas de dignidad estética; hacer que los humildes motivos camperos cobraran una ejecutoria artística; iluminar el tosco sentido de la realidad con una lamparada de fer-

vor; suscitar reflexiones alegres o profundas; determinar corrientes de piedad o de justicia, por la visión de las durezas e injusticias en que vivían los oscuros habitantes de los campos; todo esto y mucho más, fueron los actos voluntarios de aquella generación precursora en la que el más constante, el más firme y el más fervoroso, fué este autor que acaba de obtener el premio de la revista «Atenea» por su libro *Hombres y Zorros* y que ha cumplido veinticinco años de intimidad con el campo y sus personajes.

Tal ha sido la obra literaria de Mariano Latorre. Pero existen otros aspectos sobre los cuales conviene insistir, aunque todo esto que yo digo, haya sido ya pensado por todos los que aquí se reúnen esta noche. La probidad literaria conduce siempre a un lugar de expectación. La honradez, la seriedad para envolver en claridad el objeto de la admiración, nunca quiebra la línea de la continuidad. Latorre sintió desde niño admiración y amor por las circunstancias campesinas, por los hombres que viven en las sierras, en el mar, en la montaña y en los valles.

En ellos descubrió las reservas mejores de la raza, esa cosa honda como el venero, que es necesario desgarrar para poner de trasluz. Si en Latorre no hubiera existido la constancia intelectual, el amor a las grandes dimensiones que forman la estructura psicológica de un pueblo quizá esta obra se habría detenido en sus comienzos. Pero él comprendió que el pueblo era el más firme personaje de la criolledad y la natu-

raleza—cordillera, mar, bosque, desierto— el más ceñido escenario para el drama de esos hombres anónimos a los cuales había que poner un nombre, un sello y una condición artística regeneradora.

Colocó aquel nombre y aquel sello en la frente de sus tipos. Quedaron individualizados. Con ellos cruzó las escarpas de la sierra, los bosques impenetrables del sur, las turbulentas resacas del mar costeño, las quebradas y repechos de los cerros familiares a su infancia. Construyó una teoría de libros en los que el país funde sus diversas modalidades y regiones. Hoy los alumnos de las escuelas y liceos recorren esas páginas y él mismo enseña en la Universidad que la literatura nacional y la literatura de América, en las que destaca como uno de los escritores más representativos, no son meras palabras para diletantes, sino disciplinas serias y profundas, a las cuales hay que entregarse afrontando todos los riesgos y sufrimientos, con la seriedad y la constancia de que él ha dado abundantes muestras y por lo cual esta noche le invitamos a sentir el abrazo estrecho de la amistad y el deseo ferviente de proseguir en la tarea para realizar lo que aun le queda en beneficio de las letras chilenas.

II

EL AGRADECIMIENTO

Señores, amigos:

Agradezco esta manifestación, tan bellamente expre-

sada en las palabras de Domingo Melfi, no por el valor estético que mi obra represente, sino por lo que ella encierra de amor a Chile y de esfuerzo sincero por interpretarlo.

No fué en mis tiempos una alegría escribir. Eso lo sabéis muy bien todos vosotros. Ni la familia miraba con buenos ojos las aficiones que perturbaban la carrera del hijo, ni al público le interesaban los libros nacionales. El escritor, poeta, novelista o periodista era, a lo sumo, un bohemio o un loco que se dedicaba a esas labores para perder el tiempo o para justificar su pereza.

Y era justamente lo contrario. A nuestra generación la orientó el grupo de Medan, que hizo del arte una tribuna para gritar la verdad al mundo y que amó la vida sobre todas las cosas.

Flaubert, Guy de Maupassant, Emilio Zola marcaron una nueva ruta, revolucionariamente diversa a la de sus predecesores literarios. No pudimos sustraernos al sentido social que movía las muchedumbres mineras de «Germinal» y las de obreros y campesinos de «Trabajo» y «La Tierra».

Nulla dies sine linea, había hecho grabar Emilio Zola en el muro más visible de su escritorio, para que le recordase la misión de abnegado obrero del pensamiento que se había impuesto. Y esto era lo que nos seducía y nos hacía otros. El acercarnos fraternalmente al obrero y al hombre del campo, al pueblo, en una palabra, a la fuerza de su alma elemental,

al fondo de humana vitalidad que vibra en sus justicieros arranques y en sus incomprendiones trágicas.

El soplo de poesía grandiosa que animó la obra total del gran novelista francés nació del pueblo, de los campos y de las fábricas, de la ancha claridad de la tierra fecunda o del tumulto sombrío de las máquinas y de las minas.

Ya no eran los señores ni los salones lujosos, los héroes y el medio descrito en las novelas. Eran los rudos campesinos y los obreros enhollinados, que nunca vivieron en las obras de arte, los que aparecían en los libros de Zola y Maupassant.

La orfebrería literaria, los refinamientos de lenguaje, las exquisiteces imitadas, no nos sedujeron. En cada uno de nosotros había un iluso, una especie de Cristo fallido que intentaba transformar la vida chilena y salvar a su pueblo, explotado y agónico.

La colonia tolstoyana fué, quizás, la más elocuente exteriorización de esas ideas en marcha. Augusto d'Halmar, incluso, le dió un uniforme: el chambergolón, la corbata flotante y la chaqueta de mujik, la blusa del obrero ruso, cerrada en el cuello como la guerrera de un soldado.

No nos atraía la vida urbana. Ibamos en busca del campo, del hombre y del paisaje, inédito, desde los cronistas, en la literatura chilena.

Van corridos 25 años, los míos, 40 quizás desde la iniciación del movimiento. La bibliografía puede darnos el número de obras, buenas o malas, que enrique-

cieron la literatura chilena, interpretando al hombre y al paisaje de la tierra.

En mi caso, el fenómeno es curioso. Nací y viví en provincia hasta los veinte años. En el Maule, arrullado por las grandes olas de la barra, transcurrió mi juventud.

Mi abuelo bordelés ponía quillas de veleros y vapores en la pedregosa margen del Maule. Mi abuelo vasco comandaba esos buques que, cargados de cereales y maderas, recorrían toda la costa de la América del Sur.

Por eso, al verlos partir hacia el horizonte prendidas las velas a sus mástiles, como blancas nubecillas prisioneras, era algo de mí mismo lo que se alejaba y también algo mío volvía, bautizado con la sal de las mareas, cuando entraba brava a la ría o un golpe de mar traicionero los arrojaba a la playa de Quivolgo.

Extraño sino de mi vida. Mi juventud me recuerda un naufrago, arrojado por un temporal a la playa del Maule, sin imaginarme que había un país, el mío, tras del muro azul de los montes costeros. El verdor de un valle paradisiaco, la imponente inmovilidad de los Andes, las cuadradas espaldas del huaso chileno, producto natural de esa tierra.

Pero un día, en una lancha plana, por el camino del río, llegué al valle central. Iba a vivir a un pueblo de la provincia de Linares. No era propicio el lluvioso día del mes de Junio en que arribé. El agua empapaba los campos, convertidos en lodazales. Ni gentes ni colores. La mortaja gris del día invernal, únicamente.

Al anochecer, el tren se detuvo en una estación solitaria. Una calle se perdía en la cortina plomiza de la lluvia, rayada por los amarillentos reflejos de los faroles de parafina. En la calzada dormía el lodo obscuro, apenas visible a la media luz del alumbrado. Mi corazón de niño se recogió como un pájaro asustado. Añoraba la claridad de mi rincón marino, la sinfonía de las olas alborotadas, el contrabajo ululante de los vientos costeros.

Así crucé el poblacho en un viejo coche trepidante, cuyos caballos partían con sus cascos el barro espeso. Atravesaba calles disparejas, como caminos de campo.

Dormí como en una pesadilla; pero al amanecer mi alma estaba serena y limpios mis ojos. Deseaba mirar ese pueblo a la luz del día. Me asomé a la calle y mi alma de niño se cuajó de sorpresas.

Unas casas de tejas oscuras dormitaban, como bueyes cansados, en el día gris y a cada instante el galope de un caballo esparcía el lodo hecho agua en arcos de oscuras pellas.

Unos hombres recios, de barbas desordenadas o con agudas perillas de conquistadores, cabalgaban en caballos dóciles e impetuosos, muy diversos de los pingos cansinos de los cerros de la costa.

Eran los huasos del valle central, los verdaderos chilenos de todos los tiempos. Los del pasado, los del porvenir.

Altos, vigorosos, la risa pronta y la palabra pinto-

resca. Mi predilección estaba decidida. Así lo pensé entonces y sigo pensándolo aún.

Chile es el huaso. El roto no es sino una desviación urbana de ese hombre. Y constituye la reserva de Chile, porque Chile podría muy bien representarse por una huerta que tiene una mina a la espalda y una barca pescadora.

Transformarlo sin que pierda su potencia creadora ha de ser la política más hábil. El huaso en política fué Portales. En literatura, Pérez Rosales.

Porque tuve fe profunda en ese tipo de hombre, consagré mi vida a entenderlo y a pintarlo. Puede ser que mi imaginación lo haya embellecido poéticamente pero eso no importa.

Aun la República descansa en el trigal del oro del sur y en la morena lenteja de la costa. Aun su vida depende de la manzana de jugosa carne y de la uva, hecha de miel y de sol. Aun el huaso arrea ganados por los cajones cordilleranos y aun el huaso de Chiloé, medio marinero, medio campesino, deja sus islas y va a Tierra del Fuego a poblar el campo y a cuidar los inmensos rebaños de ovejas de las estepas.

Amé a mi tierra y la sigo amando con sensual y primitivo amor. Y ella debe haberme correspondido, no en dinero y honores que no apetezco, sino en mis hijos, donde floreció mi sangre, en mis alumnos, donde germinaron mis más claras ideas y en vosotros, amigos míos, donde brotó la amistad, manantial de aguas puras, más reconfortante que el máspreciado elixir, creado por el hombre.